

América Latina: Evocación sobre la capacidad de crear ideas nuevas*

Sergio Bagú

1

No voy a presentar datos desconocidos en la historia de las ideas en América Latina y, por otra parte, voy a evocar sólo autores argentinos. Pero sí ubicaré los datos conocidos dentro de líneas de referencia menos transitadas y lo haré con la convicción de que este mismo planteamiento podría hacerse respecto a no pocos países latinoamericanos. Hablaré, pues, de Argentina en un pasado no remoto, pensando en América Latina de otros tiempos y también del tiempo actual.

Lo que me propongo es reconstruir un perfil de capacidad creadora en materia cultural, aunque reconociendo que esta evocación sólo debería ser el preámbulo de un análisis —cada día más necesario— sobre la personalidad histórica de América Latina.

2

Estos datos atañen a las ciencias sociales y disciplinas afines, así como al planteamiento de ángulos inéditos de interpretación, no ya en lo que concierne al país, sino en el vasto contexto de la cultura occidental, en la que se formaban y trabajaban los autores residentes en Argentina que aquí evoco.

A la interpretación histórica me referiré en primer término y ocurre que los dos primeros nombres que voy a citar no son precisamente de historiadores profesionales.

Uno es Juan B. Justo, a quien todos recuerdan en Argentina como fundador del Partido Socialista, a fines del siglo XIX. Podría agregarse que fundó también sindicatos, bibliotecas obreras y asociaciones mutuales, pero no es eso lo que quiero aquí recordar de él. Menos conocido resulta que Justo es el primer traductor al español, directamente del original alemán, de *El capital* de Carlos Marx. No fue pequeña hazaña. Esa obra es un clásico de la cultura europea, una enciclopedia del conocimiento científico, en una versión muy precisa en la que cada dato y cada concepto tiene valores que, si se tergiversan, cambian el sentido

del planteamiento. Justo hizo una traducción fiel, muy superior a todas las traducciones posteriores al español, con excepción de las muy notables de Wenceslao Roces y Pedro Scaron.

Con el conocimiento que tenía de la Obra de Marx y Engels y a partir de su propia formación biológica, Justo escribió *Teoría y práctica de la historia*, que apareció en 1909. Cinco años después, Juan Alvarez publicó *Las guerras civiles argentinas*. Ninguna vinculación ideológica existe entre ambos libros. Alvarez era un jurista con mentalidad sociológica, autor de otros ensayos históricos, desconocedor de Marx y sin asomo de contagios socialistas.

Lo importante de estas dos obras reside en el criterio interpretativo del proceso histórico y en la preocupación metodológica. Aunque las conclusiones de una y otra son muy diferentes, ambas coinciden en atribuir al factor económico un carácter determinante y en limitar la importancia del factor político-institucional, aunque sin negarlo. Esta postura interpretativa tenía en Europa antecedentes ilustres, que se remontan a los iluministas escoceses del siglo XVIII, pero el tipo de reconstrucción histórica que predominaba en Europa y América hasta muy entrado el siglo XX seguía concediendo un predominio casi absoluto al episodio político e institucional. Esto explica que los *Annales* —que Marc Bloch y Lucien Febvre inician en París en 1929—, inauguraran relamente una etapa nueva en la interpretación y la metodología historiográficas, a punto tal que es legítimo hablar de los *Annales* como una escuela renovadora, que ha ejercido una influencia profunda en el planteamiento historiográfico.

Pero observemos las fechas: los *Annales* se inician en París veinte años después que Justo y quince después que Alvarez hicieran planteamientos metodológicos y conceptuales similares.

3

En Buenos Aires aparecen dos obras casi simultáneamente: en 1904 el *Informe sobre el estado de las clases obreras en el interior de la República*, de Juan Bialek Massé y en 1905 *El obrero en la República Argentina*, de Juan Alsina. Aquí no podemos reclamar una prioridad tan notoria, porque ya en 1845 un jo-

* El autor redactó este texto, aquí ligeramente adaptado, al aceptar el premio Aníbal Ponce correspondiente a 1986, que se le otorgó en un acto público en Buenos Aires el 29 de mayo del mismo año.

ven alemán de 24 años llamado Federico Engels había publicado un libro, que se convertiría en clásico, titulado literalmente *La condición de la clase trabajadora en Inglaterra a partir de observación personal y fuentes auténticas*. A medida que el proceso industrializador avanzaba, en varios países europeos aparecían también trabajos e informes sobre las clases obreras. El mérito de esas dos obras publicadas casi simultáneamente en Buenos Aires consiste en que son relevamientos integrales de una clase social, muy pocas veces repetidos en el continente americano, incluyendo Estados Unidos y Canadá.

4

El caso de José Ingenieros tiene contornos muy peculiares. En 1913 publicó *Principios de psicología biológica* y en 1918 *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*, extenso volumen el primero y breve el segundo. Los *Principios* fueron la adaptación como libro de los apuntes que Ingenieros había hecho para su curso en el Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Esa obra se inserta dentro de la gran corriente que intenta explicar el fenómeno psicológico humano como fenómeno fisiológico y que, en la época de Ingenieros, se enfrentaba a la interpretación filosófico-literaria de lo psicológico. El quinto Congreso Mundial de Psicología, realizado en Roma en 1905 y en el cual participó Ingenieros, marca un hito: la gran mayoría de los investigadores del fenómeno psicológico aceptan su naturaleza fisiológica. Dentro de esa actitud teórica, es probable que la originalidad de Ingenieros consista en algunos aportes propios y, particularmente, en la claridad de la exposición integral.

Esta interpretación quedó totalmente ahogada en los decenios siguientes por la extraordinaria expansión psicológica profunda, que se había iniciado antes de la obra de Ingenieros y a la que él nunca concedió importancia. Pero después de 1945 las investigaciones sobre el sistema nervioso y sobre el contenido bioquímico del fenómeno psicológico parecen retomar aquella escuela de pensamiento de la cual Ingenieros fue, en los primeros lustros de este siglo, uno de los expositores más lúcidos.

Otro importante episodio de creación cultural se encuentra también vinculado al nombre de Ingenieros. Me refiero a sus *Proposiciones relativas al porvenir de la filosofía*. Se rebela aquí contra el positivismo y el espiritualismo, y propone una renovación filosófica estrechamente vinculada con la investigación científica. Reserva a la ciencia el campo de lo empírico, con sus hipótesis correspondientes, y a la metafísica el campo de lo no empírico, con las suyas. Pero estos dos campos no quedan separados, sino que constante-

mente lo empírico se expande y logra someter algunas hipótesis antiguamente no empíricas al método de la comprobación por la vía de la experiencia. Mediante este planteamiento, que es todo un programa de trabajo, se niega la existencia de dos verdades —científica una, metafísica otra— y se afirma la unidad sintética en la incesante búsqueda de la verdad, que debe ser la aspiración de toda metafísica legítima. Dentro de este programa de trabajo, agrega, será menester una renovación total del lenguaje filosófico.

Advirtamos varios ángulos importantes de este planteamiento. Aquí se trata, en realidad, de una postulación epistemológica, que sólo se podrá traducir en proposiciones en la medida en que el lenguaje mismo se depure. Desaparece la antigua metafísica pero, a la vez, toda la búsqueda de la verdad adquiere un valor filosófico: primero, en el terreno de la experiencia, mediante el método y la hipótesis científicos y después en el terreno de la no-experiencia donde —provisoriamente— se van adelantando hipótesis que posteriormente se verificarán mediante el método científico. No habrá ya dos verdades, sino sólo una.

Cuando Ingenieros publicó esta obra en 1918 apenas se iniciaban las primeras conversaciones entre quienes luego formarían el Círculo de Viena. Inmediatamente después de la primera guerra mundial, el Círculo de Viena comenzó a actuar regularmente e incorporó físicos, matemáticos, lógicos, lingüistas y filósofos. Durante los años de la barbarie fascista y de la segunda guerra mundial, muchos de esos hombres emigraron a Estados Unidos, cuando ya habían producido una abundante y valiosa obra en varias disciplinas. Este grupo inicial y otros investigadores importantes estadounidenses continuaron trabajando dentro de las líneas fundamentales de la nueva escuela y, además de muchos libros y ensayos, dejaron constancia de su programa renovador en una obra magna, que publicó la Universidad de Chicago en varios tomos bajo el título *Enciclopedia de la ciencia unificada*.

El punto de partida del Círculo de Viena se parece notablemente al programa que Ingenieros propuso antes de que el Círculo se constituyera. Desde aquellos años hasta la *Enciclopedia* de Chicago la elaboración de nuevas ideas fue casi incesante y, desde luego, ya no se puede hoy juzgar a esta importante escuela de pensamiento sólo por el primer programa elaborado por el Círculo.

5

Otro capítulo abortado de capacidad creadora en el terreno cultural. En 1922 aparece en Buenos Aires una obra titulada *La fatiga y sus proyecciones sociales* cuyo autor era Alfredo L. Palacios, profesor entonces en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universi-

dad de Buenos Aires, que editó el volumen. El tema de la fatiga en el trabajo industrial había sido tratado incipientemente en Italia lustros antes, retomado en Gran Bretaña en 1917 y estudiado posteriormente en un laboratorio especializado de la Universidad de Harvard. Lo que Palacios hizo, con un laboratorio muy elemental montado especialmente para su investigación, consistió en ubicar el fenómeno fisiológico de la fatiga en el trabajo industrial dentro de un contexto social. Sin que se le pueda atribuir en esto una originalidad absoluta, sí es menester subrayar que el tema del contexto social del trabajo industrial pasó a formar el núcleo temático básico de una nueva especialidad —la sociología industrial— varios años después de publicada la obra de Palacios. Uno de los libros fundadores de la especialidad es *Problemas humanos de una civilización industrial*, que Elton Mayo publicó en Estados Unidos en 1933.

La obra de Elton Mayo informa sobre muchos años de experimentación en varios grandes establecimientos industriales en Estados Unidos. Durante toda esa etapa, lo que Mayo hace es buscar nuevos métodos para explicarse mejor las oscilaciones en el rendimiento del obrero industrial. Se trata de métodos de psicología industrial, no de sociología, que, por supuesto, no le permitieron llegar a conclusiones satisfactorias hasta que finalmente, se convenció de que el gran personaje del problema no es el obrero asilado sino el grupo social al cual pertenece. Su conclusión es sencilla y fundamental a la vez: el hombre vive y trabaja en grupo. Ese sí es el punto de partida de la nueva especialidad que hoy denominamos sociología industrial.

6

No me propongo aquí sólo reparar injusticias, aunque de por sí se trataría de un objetivo loable. No deja de indignar, en efecto, que Juan B. Justo y Juan Alvarez no se mencionen jamás como precursores de una corriente de interpretación histórica; ni Bialek Massé y Alsina como iniciadores del análisis de clases sociales, ni Ingenieros como lúcido precursor de la psicología biológica contemporánea y del neopositivismo lógico (él, que criticaba con vehemencia al viejo positivismo); ni Palacios como uno de los fundadores artesanales de la sociología industrial.

Tampoco me propongo el absurdo de demostrar que los argentinos —nativos e inmigrantes, en un país en que todos se identificaban sin preguntarse dónde había nacido— tuvieron el don de la originalidad científica. La gran pregunta es por qué en América Latina y no sólo en Argentina— se puede abrir un camino inédito en el terreno científico, pero no se puede seguir en ese camino hasta sus últimas consecuencias.

La primera respuesta a esta pregunta fundamental

asoma con rapidez. Las *Proposiciones* de Ingenieros fueron olvidadas rápidamente en Argentina, mientras que el Círculo de Viena, posterior a ese libro, se transformó en la gran *Enciclopedia de la ciencia unificada* porque en Europa antes del fascismo y en Estados Unidos después, había instituciones y presupuestos que aseguraban la continuidad del trabajo teórico, condiciones éstas inexistentes en el país donde se escribieron las *Proposiciones*. El nuevo modo interpretativo de Justo y de Alvarez sólo inspiró en Argentina a algunos autores aquí y allá, mientras que los *Annales* en Francia, antes y después de la barbarie fascista, se transformaron en una escuela creadora y difusora que en los últimos veinticinco años se proyectó ampliamente inclusive sobre los medios universitarios latinoamericanos (que siguen ignorando a Justo y a Alvarez) porque en Francia había una organización y un contexto universitario desconocidos en Argentina. El estudio de Palacios sobre la fatiga industrial no podía crear escuela en un país agropecuario de técnica productiva arcaica y rutinaria y con lentísimo desarrollo industrial.

7

Este recuento sumario de la capacidad creadora en Argentina en el campo de las ciencias sociales y disciplinas afines podría extenderse a las ciencias no sociales y el balance tendría cierto matiz sorprendente. Pero la conclusión que extrajéramos quedaría desvirtuada si no tuviéramos en cuenta que exactamente lo mismo que acabo de decir respecto de Argentina puede decirse de seis, o quizá ocho países latinoamericanos. Si tomamos el conjunto de América Latina como una sola región cultural —razones poderosas habría para ello— el resultado de la compulsión sería terminante.

No puedo aquí llevar el análisis a un escalón más profundo. La historia del pensamiento científico y de su aplicación en el campo de la tecnología jamás resultará aceptable si no se la hace paralelamente con la historia de los umbrales productivos y de las estructuras sociales. Pero sí quiero concretar algunas observaciones que se vinculan en forma directa con los episodios, los nombres y las situaciones que estoy mencionando.

América Latina ha bebido en dos fuentes de inspiración cultural de extraordinaria fuerza renovadora: las altas culturas del neolítico continental y la cultura europea. Pero durante siglos las fue asimilando con la distorsión que imponía su condición colonial. Después de la independencia, fue cayendo dentro de las zonas de influencia de los grandes imperios capitalistas, lo cual le impuso una nueva forma de distorsión económica, subordinación política y limitación cultural.

Estas fuentes de origen y este duro condicionamiento de las nacionalidades continentales abren, a la vez, posibilidades de creación vigorosa y limitaciones férreas. Quisiera decirlo con otras palabras: un historiador, un economista, un antropólogo latinoamericano tiene tanta capacidad para hacer obras originales en sus especialidades como cualquiera de sus mejores colegas europeos y estadounidenses. Pero la diferencia extraordinaria, decisiva, se produce en las condiciones de su práctica profesional y en el contexto cultural general en el que unos y otros se desenvuelven.

El problema tiene un alto grado de complejidad, que se corre el riesgo de perder de vista cuando uno está obligado a expresarla en pocas líneas. No se trata de sueldos más o menos, de viajes fáciles o difíciles, sino de éstos y otros muchos factores que van condicionando la originalidad creadora, la continuidad del esfuerzo y la difusión de las ideas.

8

Hay otro rango del problema que es aún más invisible. Cuando un país, una corriente de ideas o un investigador heredan un patrimonio cultural gestado en otros climas y en otras épocas no sólo reciben conclusiones ya enunciadas, sino también una epistemología, una teoría general y una metodología, muchas veces implícitas o bien acompañadas con un aura de respetabilidad, justificada o no.

Cuando una especialidad científica se desarrolla en un país latinoamericano transcurre una larga primera etapa donde puede encontrarse aportes en la aplicación de los criterios generales heredados, pero parece inaceptable suponer que también pueda haber contribuciones originales en el terreno de la teoría y de la metodología. Requiere esfuerzo y audacia superar el tabú. Quienes hayan leído ese libro casi autobiográfico de Franz Fanon titulado *Los condenados de la tierra* recordarán la influencia perturbadora que tuvo en jóvenes médicos argelinos la enseñanza de profesores franceses, que partían del principio de la inferioridad racial del argelino frente al dominador francés.

A eso me refiero.

9

Bernard Shaw dijo una vez que el genio es diez por ciento inspiración y noventa por ciento transpiración. La idea no es nueva, pero vale la pena retener la frase de Shaw por lo que tiene de ingeniosa y precisa. La creación cultural tiene ritmos complejos y condicionamientos sociales más complejos aún. No corresponde aquí hablar de ese tema, que es de muy difícil planteamiento. Pero sí es oportuno retener el concepto de que la creación cultural es un proceso acumulativo de esfuerzos individuales.

Cuando en un país actúan factores políticos o fuertes condicionamientos económicos y sociales —o todos ellos a la vez— que interrumpen el esfuerzo creador y destruyen lo ya conquistado, el daño que se produce a la capacidad de creación puede ser de primera magnitud. Es cierto que, en la medida en que la creación cultural se fue internacionalizando en el siglo XX, la línea de la originalidad posible en varias materias atravesó las fronteras nacionales y comenzó a obedecer a las leyes que se ubicaban más allá de las determinaciones inmediatas en un país. Pero la posibilidad de desarrollar la capacidad creadora se mide también en función de fronteras nacionales y, por tanto, de las circunstancias económicas y políticas que la condicionan decisivamente.

Así circunscrito el problema, debemos reconocer que el destino nacional de Argentina es uno de los más dramáticos en América Latina, porque desde 1930 y con sólo breves intervalos de salud política, hay un proceso sistemático de destrucción de las fuentes de creación científica, que se intensifica, hasta el paroxismo criminal, con el clima fascista que implanta el estado nacional a partir de 1974 y se prolonga hasta 1983.



10

John Dewey, uno de los grandes pensadores estadounidenses, dijo alguna vez, en su estilo intensionalmente paradójico, que él daba la razón al conservador cuando pedía que no se dejara pensar a la gente, porque si se permite que aparezca una idea, explicaba, ya nadie podrá evitar las otras ideas que seguirán.

Así transcurre el proceso de creación de ideas en el cerebro humano y esto justifica —retomando la paradoja de Dewey— la actitud del reaccionario. Para quienes no lo son, pensar es una de las fuerzas más creadoras de la liberación, y la liberación es, en nuestro tiempo, un proceso integral que conecta lo intelectual con lo económico, lo social y lo político.

11

Es importante insistir en que el problema que aquí presento no sólo es argentino sino latinoamericano porque, como he dicho, se repite en no pocos países de nuestro continente. En Argentina, sin embargo, tiene acentos agravantes.

Hay, desde luego, un condicionamiento económico de orden general porque, por ejemplo, en un país

donde el desarrollo industrial sólo atraviesa etapas subordinadas a las grandes transformaciones tecnológicas que se producen en los países centrales del capitalismo, no avanza mucho cierta problemática socioestructural que sí surge con fuerzas en estos últimos.

Pero aun ese factor limitante puede a veces ser vencido por la fuerza de la imaginación. En cambio, hay otro elemento de acción más directa para definir el destino de la capacidad creadora en materia cultural. Me refiero al hecho de que Argentina es uno de los países latinoamericanos más sistemáticamente azotados por la represión política y por la destrucción sistemática de las fuentes de creación cultural por parte del Estado. Más difícil ha sido mantener en ese país una línea de continuidad en el esfuerzo creador en materia de ideas, continuidad que sí se produjo en México, Chile y Uruguay durante muchos decenios de este siglo.

Sin embargo, los episodios que evoco en este trabajo traducen también la existencia de un potencial en América Latina altamente positivo, porque la capacidad de creación original en el terreno de las ciencias sociales se extiende hoy no sólo a los seis u ocho países que acabo de recordar sino a muchos más.

